

La Novela Film

Núm. 123

50 cts.



LOS HIJOS DEL OTRO
por Harry Carey (Gayona)

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Redacción

Cortas, n.º 651

Administración

BARCELONA

AÑO II

THE MAN FROM PEZ SUZON

N.º 123

LOS HIJOS DEL OTRO

COMEDIA DRAMÁTICA

INTERPRETADA POR EL CÉLEBRE COW-BOY

HARRY CAREY (CAYENA)

Dirección de EDMUND MORTIMER



EXCLUSIVA L. GALIMONT

Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

LOS HIJOS DEL OTRO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

*Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura*

En los días heroicos de 1849, cuando el Valle del Sacramento, en la antigua California, era cruzado en todas direcciones por los buscadores del oro, que escribían con las patas de sus caballos y las ruedas de sus carretas las páginas de su epopeya, el áureo brillo del oro no había matado la simplicidad de alma en el viejo Matías Frisbeer, un buscador infatigable de las riquezas que aquella tierra pródiga encerraba en sus entrañas.

Aquella tarde, iba el buen Matías hacia su mina, conduciendo su pequeño carrito, tirado por un borriquillo, cuando un ruido de pisadas, que se acercaban al galope, le hizo salir de sus profundas cavilaciones y mirar hacia delante, donde vio dibujarse la silueta de un buen número de pieles rojas.

Durante la época en que se desarrollaban los acontecimientos de nuestra narración, los indios constituían el terror de aquellas vastas soledades. Sus fechorías eran conocidas y temidas por todos

los hombres civilizados que habitaban aquellas tierras y era raro el viajero que al encontrarlos en su camino no pagase con su vida el atrevimiento de aventurarse por aquellas inhospitalarias montañas.

Matias, gran conecedor del instinto criminal de los salvajes, abandonó, con toda la velocidad que le permitían sus ya débiles piernas, el carrito y fue a guatecearse detrás de una peña, dispuesto a vender cara su vida.

Aprovechando aquel providencial parapeto que la Naturaleza le ofrecía, hizo frente a los indios, hiriendo mortalmente a más de uno, con sus certeros disparos.

Cuando ya las municiones de su pistola empezaban a escasear, haciendo la resistencia imposible, apareció, milagrosamente, Alejandro Morton, otro buscador de oro, que a pesar de las desatadas pasiones que caracterizaban tal época y tal país, había sabido conservar siempre una perfecta ecuanimidad de espíritu, que le había valido el aprecio y la amistad de todos sus compañeros.

Inmediatamente, al darse cuenta del peligro que corría su compatriota, salió en su defensa y los indios, al verse atacados por dos lados, emprendieron una fugaz huida.

—Si no llega a ser por usted, me pulverizan, Morton—exclamó Matias, estrechando la mano de su amigo—. Nunca olvidaré que le debo a usted la vida y, como prueba de ello, voy a confiarle un secreto que vale millones... Escuche,

amigo; he encontrado una mina que no hay bastante dinero en el mundo para pagarla... ¡Hay en ella una vena de oro, que ¡sonríase usted del oro del Perú!

—A ver, enseñeme usted una muestra de ese oro—le pidió Morton, no creyendo lo que le decía Matias.

—No tengo ninguna, porque aun no he estado en la mina. La compré ayer... Pero aquí, dentro de mi cerebro, vi perfectamente en sueños la vena de que le hablo.

Esta contestación alanzó más a Morton en su creencia de que todo aquello no era más que una manía de su viejo amigo, y sin prestarle atención le dijo:

—Estamos lejos de Red Gulch y en vista de que su caballería ha huido, asustada por los disparos, puede usted utilizar la mía, para llegar a su mina... Yo ya me arreglaré para volver al pueblo.

—Bien, amigo, acepto con la condición de que será usted mi socio en lo que produzca la mina. ¡Yo también sé portarme como un hombre!

—Conformes. Aviseme cuando tenga que empezar mi trabajo.

Montó Matias en su pequeño vehículo y pronto desapareció tras un recodo del camino, mientras que Morton reía al recordar las palabras del anciano, lo que él creía pura chifladura de viejo.

Algunos días después, en el distrito minero de Red Gulch, donde los hombres son movidos por

los hilos invisibles del Azar, o que, buscando un término de comparación más exacto, podríamos decir de él, que se asemeja a una ruleta gigantesca, en la cual las posturas son vidas humanas, Juan Falner, el socio de Morton e íntimo amigo, ahogaba en el alcohol un desencanto amoroso, y su dolor servía de diversión a todos los desocupados del pueblo.

Aquel día, como otros tantos, Juan Falner apuraba vaso tras vaso el venenoso licor que iba minando a pasos agigantados su naturaleza; antes fuerte y robusta, como si quisiera abogar la tragedia de su vida entre los vapores del alcohol, hasta que al fin, embriagado por completo, cayó al suelo, inconsciente de cuanto le rodeaba.

Entre varios hombres lo sacaron fuera del café, el único del pueblo, y entre hurlos y risas lo dejaron en el campo, después de colocar, en el lugar donde descansaba la cabeza, una tabla con la siguiente inscripción:

"Efecto del "whisky" de Corkles,

a las cuarenta copas, muerte segura".

Y también aquel día, como otros muchos, Morton, el único hombre que conocía la triste historia de su vida, lo recogió y llevó a su casa, en la que, desde hacía años, vivían los dos amigos.

Echado sobre un camastro, Juan Falner no encontraba más consuelo en sus borracheras, que eran verdaderas enfermedades, que el de unas manos rudas que se hacían suaves para cuidarle: las de su amigo Morton, y en su delirio hablaba sin cesar de sus hijos, que vivían con una her-

mana de su esposa a la que no conocía, culpándose a sí misma por haberlos olvidado.

Jamás Falner reveló a nadie el secreto que amargaba su existencia, pero en los delirios producidos por el alcohol confesó a Morton toda su vida pasada. Él había sido siempre un hombre honrado y trabajador. Casado, muy joven, con una mujer que adoraba, pasaron para él, como un delicioso sueño de rosa, los primeros años de su matrimonio. Para que su dicha fuese completa el Cielo le concedió dos hijos, Jaimito y Laurita, que con su esposa fueron para Juan el único objeto de su vida. Su mayor felicidad consistía en verse rodeado, en la tranquilidad de su hogar, por aquellos tres seres queridos, por quienes era capaz de realizar los mayores trabajos y sacrificios. Nada parecía turbar el cielo azul de su felicidad, hasta que un día llegó a la ciudad en que vivía el matrimonio un tal Federico Larsson, un jugador y galanteador de oficio, que puso cerco a la virtud de la mujer de Falner, y consiguió convencerla de que abandonara a su esposo e hijos.

Con el corazón sangrando de amargura y sin más idea que la de vengarse de aquellos que habían destruido para siempre la dicha de su hogar, Falner salió en persecución de su mujer y de su amante.

Al principio pudo seguir la pista de los fugitivos, orientándose por los informes que le daban por los pueblos que atravesaba, y así llegó hasta Red Gulch. En esta población se acabaron sus re-

cursos y tuvo que principiar a trabajar como minero, sin que por eso abandonara su idea de vengarse de la perfura.

Pasaron los días y, para olvidar su gran dolor, empezó a beber hasta convertirse en lo que era: en un harapo miserable, que no encontraba más lenitivo que el del alcohol.

En sus borracheras, Morton, con una ternura de hermano, velaba su sueño y en más de una ocasión tenía que luchar con él a brazo partido, para impedir que su amigo se levantara, obsesionado por la visión de su mujer y de Larsam.

Los delirios eran cada vez más intensos y agotaban más su espíritu y, en todos ellos, repetía las mismas palabras, base de su eterna pesadilla.

—¡Maldita!... ¡Maldita cien veces!...

Su excitación aumentaba por momentos y le hacía prorrumpir en gritos ensordecedores, señalando a seres invisibles.

—¡Ahí está Larsam!... ¡Está ahí!... ¡Larsam... el canalla... el miserable!...

Después de estos ataques, de verdadera locura, caía en un estado de infinita postración, mientras que Morton, como un espíritu del bien, seguía velando el sueño del amigo del alma, del compañero de fatigas sublimizado por el dolor...

* * *

Pasó aquella borrachera, como pasaron otras, pero el carácter de Fulner se agriaba cada vez más, y en sus momentos lúcidos pesaba sobre él, como una losa, el hastío de vivir.



—¡Ahí está Larsam!

Cualquier cosa era suficiente para armar reyerta con el que fuese, incluso con Morton, que comprendiendo el íntimo dolor de su amigo, sufría con paciencia sus impertinencias, cada día mayores.

Para Morton su orgullo mayor era el de ser un inmejorable cocinero y si alguien quería reñir con él no tenía más que censurar cualquier comida que hiciera.

Sus amigos conocían esta manía y jamás se atrevieron a despreciar ninguna de sus comidas, aun cuando a espalda suya se rieran de aquella chifladura.

Cierta día, mientras Morton arreglaba la masa

de unas pastas, su amigo, que contemplaba el trabajo, le dijo:

— ¡Está usted echando demasiado azúcar en las pastas! ¡Se las va a comer usted!

— ¡Cuando yo lo hago será porque la necesito! En cuestión de comidas no permito que nadie me dé consejos.

— ¡Pues ya verá usted cómo resultan caramelos en vez de pastas!

No quiso Morton seguir la discusión, y poco después, su compañero tiraba indignado las pastas que él acababa de hacer.

— ¿Qué sucede ahora? ¿Por qué paga usted su ira con las pastas?

— Ya le dije que las hacía usted con demasiado azúcar! ¡Comalas usted y reviente!

— ¡Oiga usted, compañero, yo le aguanto a usted todo, menos que me diga que soy un mal cocinero! ¡Eso, para mí, es peor que un insulto!

— ¡Pues yo le digo a usted que no llega a ser ni un mal pinche!

Aquello era ya más de lo que Morton podía aguantar y, desafiándose el uno al otro, salieron a la puerta para solucionar a tiro limpio aquella cuestión.

A pesar de todo, era mucho el cariño que se profesaban para que ninguno de ellos fuera capaz de disparar contra su adversario.

Sacaron las pistolas y ambos dispararon al aire, pero, no obstante, la ofensa había sido demasiado grande y Morton decidió desde aquel momento separarse de su compañero.

Se dirigió a la única fonda que había en la población y le preguntó al posadero:

— ¿Tiene usted alguna habitación disponible?

— Pero... ¿no vive usted ya con Falner?

— ¡No!... ¡Me ha llamado mal cocinero y tengo que matarlo, en cuanto le eche la vista encima!

Mientras tanto, el ruido de las detonaciones había llegado hasta el café donde el coronel Stevenson y varios amigos jugaban al distraído juego de la mosca, que consistía en esperar a que una mosca se posase sobre el dinero que tenía delante uno de los jugadores, el cual ganaba el de todos los demás, y, sobresaltados por los disparos, corrieron a casa de Morton, donde creyeron necesaria su presencia.

— ¿Qué buscan ustedes aquí?—les gritó Falner, al verlos entrar.

— Nosotros... pues... Le diré a usted... Nos había parecido oír bronca en esta casa... y veníamos a poner paz... si era necesario...

— ¡No se necesita paz aquí!... ¡Yo mataré a Alejandro Morton donde lo encuentre!

— Amigo Falner... no es que nosotros pretendamos hablarle mal de la bebida... ¡librenos Dios!... A todos nos gusta empinar el codo... pero moderadamente...

— ¡Lo que tienen ustedes que hacer es marcharse de aquí y dejarme dormir tranquilamente!

— repuso Falner, vencido por los efectos del alcohol.

Y mientras él dormía aquella borrachera, allí,

junto a la mesa, yacía tirada en el suelo una carta de sus hijitos, que como un grito de desesperado cariño decía:

"Querida papá: ¿Por qué no nos escribes a Laurita y a mí? ¿Ya no nos quieres? Cuando escribas, mándanos tu retrato, porque la tía Isabel quiere conocerte.

"Muchos besos y abrazos de tu hijo

Jaimito".

Su me ocurre una idea, señores—exclamó el coronel—. Vamos a contestar a esos chicos por nuestra cuenta, y hacemos una obra de caridad.

Buscaron lo necesario para escribir y el mismo coronel fué el encargado de escribir aquella carta, que debía llevar la alegría a dos corazones infantiles que suspiraban de amor por el autor de sus días.

"Queridos Jaimito y Laurita: Vuestro papá ha tenido la desgracia de herirse en una mano y me pide a mí que conteste en su nombre a vuestra carta y que os diga que no os olvida ni un momento. Pronto irá a veros, y mientras tanto os envía dinero y su retrato para que lo conozcáis, pues me dice que eráis muy pequeños cuando se separó de vosotros.

"Un amigo de papá".

El dinero bien pronto lo reunieron entre todos, pero lo que fué más difícil de encontrar fué un retrato de Falner y ante la imposibilidad de hallarlo, tomaron un retrato de Morton, que había

sobre la chimenea, y lo metieron en la carta, a la vez que decía el coronel:

—No hay ningún retrato de Falner... Bien; le enviaremos uno de Morton y los chicos creerán que es su verdadero padre.

Al ir a depositar la carta en correos, Morton sabía de aquella oficina y Stevenson, ante el temor de que éste no consintiera en el envío de su retrato, procuró ocultar la carta que llevaba en la mano, pero de una manera tan burda que Morton sospechó inmediatamente que algo quería ocultarle, aunque sin poder adivinar de qué se trataba.

Pasaron los días sin que ningún incidente alterase la monotonía de la vida de Red Gulch, hasta que llegó el momento en que aquellos dos hombres—Morton y Falner—que habían jurado matarse, se encontraron frente a frente.

Sin necesidad de decirse palabra, sacaron sus pistolas y paso a paso avanzaron el uno hacia el otro, con una serenidad pasmosa, que dejó asombrados a cuantos presenciaban aquella manera tan singular de batirse.

En aquellos momentos de emoción, el destino, siempre burlón y caprichoso, puso a Federico Larsen, el hombre que destruyera la dicha de Falner, en el camino de su víctima.

Al verlo éste, más que un grito un rugido de fiera salió de su garganta.

—¡Larsam!! ¡Bandido!!

Sonó un disparo y Falner se desplomó bañado en sangre, mientras que su asesino huía a todo galope, perseguido por Morton.

Mucha mejor jinete éste y más conocedor del terreno que Larsam, iba ganándole rápidamente terreno y pronto hubiera caído en sus manos, si aquel, comprendiendo que no tardaría en ser alcanzado, no se hubiera escondido en un recodo del camino, para herir a traición a aquel desconocido, que de una manera tan tenaz lo perseguía.

Cuando Alejandro Morton volvió al pueblo, olvidó las ofensas recibidas, olvidó su propia herida y se encaminó a su antigua casa, pensando únicamente en salvar de las garras de la muerte a su amigo.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Aquella naturaleza, minada por el excesivo abuso del alcohol, era como una tenue lucecilla que se iba apagando, sin que nada ni nadie pudiera impedirlo.

En un momento de lucidez, Falner comprendió toda la sublime abnegación de su antiguo camarada y exclamó, haciendo un supremo esfuerzo:

—¿De modo... que ha vuelto... usted... a casa? Morton... mi viejo amigo... ¿Y pensar que quise matarle?... ¿No me guarda usted rencor... por lo que le dije... aquella mañana... de las pastas?... Aquel día... estaban malas... Pero reconozco... que es usted un buen cocinero...

—No hable, Falner... Cuando se ponga usted bien, le prometo que no reñiremos nunca más.

Aquel esfuerzo del herido había sido como un último relámpago de la vida y momentos después el alma de aquel desgraciado volaba hacia lo Infinito.

—Adiós, amigo... viejo amigo... Váyase tranquilo a ese gran viaje, que yo me encargo de sus hijos... y también de Larsam—prometió Morton sobre el cadáver del que durante tanto tiempo fué su compañero.

Algunos días después, cuando la herida que la muerte de su amigo había hecho en el corazón de Morton no se había cerrado todavía, apareció de improviso el viejo Matías, que lleno de orgullo y alegría le dijo:

—El sueño era verdad, Morton! ¡La mina vale un Perú! Mi promesa sigue en pie... A la primavera, la mina habrá producido lo suficiente para que los dos seamos ricos.

—No, amigo Matías. Esa mina es de usted y a usted únicamente corresponde explotarla.

—Es que yo no la hubiera podido explotar, si usted no me hubiera salvado la vida. Así es que usted me salvó la vida y yo le ofrezco la ocasión de hacerse rico. Estamos casi en paz.

Desde el día siguiente, Alejandro, impulsado por el deseo de cumplir la promesa hecha a Falner, trabajó sin descanso en la mina de Matías, como si quisiera arrancar de una vez todo el oro que encerraba, para poderse lo ofrecer a aquellos niños que pronto estarían a su amparo.

Y en este trabajar constante, pasaron los días... las semanas... hasta que llegó uno en que el propietario de minas Alejandro Morton se presentó en el único hotel de Skaggs Landing, el pueblo donde vivían los hijos de Juan Falner.

Antes de que pudiera preguntar por ellos, el propietario del hotel, gran amigo de Isabel, le dijo, reconociendo en aquel forastero al mismo del retrato que tantas veces le enseñara Jaimito:

—Le esperábamos a usted con impaciencia...

—¿A mí?... ¿Dice usted que me esperaban a mí?

—Sí, naturalmente... ¡No se haga usted de nuevas! Deme sus maletas y suba conmigo al cuarto que le tenemos destinado.

Se dejó Morton conducir por el hotelero, que en cuanto lo dejó en su cuarto salió en busca de Jaimito y le dijo:

—Jaimito, déjame ver otra vez el retrato de tu papá. A ver... ¿... es él... el mismo... ¡Está aquí! ¡Acaba de subir!

—¿Quién, mi papá?

—¡Sí, tu papá! ¡Corre a decirselo a la tía Isabel!

No se hizo el chico repetir la orden y, más contento que un gato con un carrito, corrió en busca de su tía, que en aquel momento se encontraba con Laurita, que desde hacía tiempo estaba enfermita.

—¡Tía Isabel! ¡Tía Isabel! ¡Papá ha venido y nos está esperando en el hotel!

—¡Corre, vamos a buscarlo!

—¿Estás seguro que es el papá?

—Sí; me lo ha dicho el señor Wilmer y dice que viene vestido como un gran caballero.

—Ande, vaya usted. Yo me quedaré al cuidado de la nena, hasta que vuelvan—exclamó el médico, un viejecito amable y simpático, que quería a Laurita con verdadero afecto paternal.

Para Alejandro Morton, poco versado en las suavidades de la diplomacia, el comunicar a los hijos de Falner la muerte de su padre era un verdadero problema, que mientras más lo pensaba más difícil se le hacía.

Se encontraba buscando la forma más airosa para salir de aquel conflicto, cuando entró Jaimito gritando:

—¡Papá...! ¡Papá...!

Morton no estaba preparado para aquella escena y al verse llamado "papá" por el hijo de Falner, lo separó suavemente, sin tener ninguno de esos arranques de cariño, propios de un padre.

El chico, al verse tratado de aquella manera tan fría, sintió una pena tan honda, que salió fuera donde esperaba su tía, llorando y diciendo:

—¡Tía Isabel!... ¡Papaito no me quiere!... ¡Ni siquiera me ha conocido!...

La tía Isabel, hermana de la esposa de Juan Falner, era una segunda madre para Jaimito y Laurita. A pesar de sus veinte años y de su extraordinaria belleza, el amor no había llamado aún a las puertas de su corazón, y toda la ternura

que había en su alma, sencilla y pura, la derrochaba a manos llenas sobre aquellos niños infortunados.

Al ver el desconsuelo de su sobrina entró en la habitación de Morton y frente a él, retándole con la mirada, exclamó:

—¡Parece mentira que no conozca usted a su propio hijo!... Los pobres niños han tomado al pie de la letra lo que usted les decía en su carta, y a la llegada de cada barco Jaimito venía al hotel con el retrato de usted en la mano...

Por la imaginación de Morton pasó, rápida, veloz, como una chispa eléctrica, una idea luminosa, que le dio la clave de aquel enigma.

Recordó el encuentro con el coronel Stevenson, a la puerta de correos, y lo comprendió todo.

—¡Buena broma fué aquella, a fe mía! ¡Buena broma!

—¡No lo entiendo!... ¡No puedo explicarme cómo es posible que llame usted broma a una cosa tan seria!

—Mire usted, señorita... la verdad es que yo...

—No perdamos el tiempo, se lo suplico—interrumpió la joven—. La pobre Laurita está enferma en la cama, esperándole a usted... Un desengaño sería peligroso... Yo le pido, por lo que usted más quiera, que demuestre a esa niña más cariño que a su hermano... Aunque tenga usted que fingir durante unos momentos.

—Vamos volando a ver a la hermanita. Pero, dígame usted... ¿No habrá alguien que me conozca de antiguo?

—Los únicos que le conocen a usted son los niños... ¡y éstos hace tantos años que no le han visto!



—¿No habrá alguien que me conozca de antiguo?

—Pues, andando. Vamos inmediatamente.

Al llegar a la casa de Isabel, ésta se acercó cariñosa a la cama de la enfermita y le dijo:

—Mira, Laurita; aquí está tu papá.

Se quedó mirándole la chiquilla, y con su graciosa media lengua exclamó:

—No, no es... Mi papá murió... un ángel me lo ha dicho...

Parecía imposible que nadie hubiera sospechado de que él no era el verdadero padre y que única-

mente aquella criaturita, inspirada tal vez por un poder divino, hubiera adivinado la triste suerte del desgraciado Juan Falner.

Morton no podía ni quería tampoco continuar por más tiempo aquella farsa y llamando aparte a Isabel le dijo:

—No me he atrevido a decengañar a los chicos, señorita... Pero yo no soy Juan Falner... Falner era mi compañero... mi amigo del alma. Se murió, y yo le prometí encargarme de sus hijos. Por eso he venido, para llevármelos.

—Diga usted... ¿y mi hermana, la esposa de Falner, dónde está?

—Debe estar fuera de California, quizás en Sacramento... Si quiere usted venir con nosotros, haremos lo posible por descubrir su paradero.

—Gracias, señor. Acepto su ofrecimiento. Iré... Quizás pueda encontrarla.

Y, cada uno impulsado por distinto deseo, se instalaron en la tranquila ciudad de Sacramento... Isabel tras las huellas de su hermana; Morton tras la pista de Federico Larsam.

Pasaron los días y Alejandro iba descubriendo, cada vez más, mayores temores de ternura en el alma de la joven. Al propio tiempo, cuanto más la miraba más hermosa la encontraba, con sus ojos azules como el cielo de primavera, en los que se reflejaba toda la pureza de sus sentimientos, y sus cabellos de color de oro viejo, que le daban el aspecto de una madona revivida.

Lejos de ella, permanecía Morton sumido en

un dulce éxtasis, evocando la frágil figura de Isabel o recordando sus últimas palabras.

¿Era aquello amor? Ni él mismo hubiera sabido responder. Para Morton no había existido ese sentimiento tan cantado por los poetas. Ni siquiera había tenido esos amores fugaces que pasan por la vida del hombre, sin dejar la menor huella de su paso, y ahora, en el prematuro ocaso de su juventud, su corazón, virgen de pasiones y de románticos deseos, se despertaba de su gran letargo ante un imperioso deseo de amar.

Isabel por su parte se sentía también atraída hacia aquel hombre que tan generosamente se había portado con ellos. Alma demasiado ingenua, confundía el amor con el agradecimiento y en más de una ocasión se lo dijo a Morton:

—Se ha portado usted muy bien con los niños... y conmigo, señor Morton.

—Si quiere usted complacerme en algo, no me llame "señor"... ¿No le parece que un poco de familiaridad entre nosotros no estaría mal?

Iba a decir muchas cosas más, todo lo que su corazón sentía; pero no encontró esas palabras armoniosas y dulces con que suelen expresarse los amantes, y únicamente su mirada habló, en el místico silencio de aquel hermoso atardecer, todo lo que sus labios no supieron decir.

En una casa de juego de la ciudad tenía su marco adecuado la figura frívola y despótica de

Maria Falner, la esposa que abandonó a su marido y a sus hijos para compartir la suerte del jugador de oficio Federico Larsam, que en aquel momento leía con vivo interés el siguiente anuncio, insertado en un periódico de la localidad:



—Se ha portado usted muy bien con los niños... y conmigo, señor Morton...

"Se gratificará a quien proporcione datos que permitan descubrir el paradero de Maria Falner, natural de Boston. Dirigirse a Rose Hill Street, 132.

—¿Qué es lo que lees con tanto interés?—preguntó Maria.

—Nada... nada de particular.

—Pero, ¿qué es ello?

—¿No te digo que no es nada de particular?

Quiso ella coger el diario pero Larsam se lo arrebató de las manos, a la vez que la despedía con un soberbio bofetón.



—¿Qué es lo que lees con tanto interés?

—La bofetada del prólogo—exclamó uno de los concurrentes al garito—. Dentro de unos minutos empezará la "solita" diaria.

Aquella noche, Larsam, impulsado por la curiosidad, se presentó en casa de Isabel, la hermana de Maria, para darle algunos datos acerca del paradero de ésta.

—¿De modo que viene usted para algo referente al anuncio?—le preguntó Isabel.

—En efecto. Me llamo Farley... Recientemente tuve ocasión de relacionarme con María Falner, pero hace algún tiempo que no sé nada de ella.



—¿Y no le sería a usted fácil encontrar su pista otra vez?

—¿Y no le sería a usted fácil encontrar su pista otra vez?

—Nada hay difícil cuando uno se lo promete firmemente... Le prometo a usted descubrir su paradero.

—¿Y cree usted que tardará mucho en hacerlo?

—A lo sumo calculo que podrá ser un par

de días. Espere usted noticias mías y no hable a nadie de esta entrevista.

A la mañana siguiente, después de un sueño reparador, a Larsam se le apareció, luminosa, la idea de sustituir la belleza marchita de María por la rozagante de Isabel.

Y tal como lo había pensado empezó a preparar su plan de ataque con la siguiente tarjeta:

"Señorita: Anoche, desde que me separé de usted, trabajé sin descanso, y hoy puedo anticiparle que pronto recibirá usted buenas noticias.

Siempre a sus pies,

Farley".

Llamó a un criado y le entregó la tarjeta diciéndole:

—Lleva esta carta a su destino, pero cúbdate de decir quien soy.

—Señor, acaban de traer este paquete para usted. No lo he entrado antes, porque creí que dormía.

—Está bien. Haz lo que te he dicho y procura que nadie te vea salir.

Desenvolvió Larsam el paquete que le había entregado su criado y se encontró sorprendido por su contenido, que era una pistola y una carta que decía:

"Distinguido canalla: Me gusta obrar noblemente en todos mis actos, y como pienso matarle donde le vea, le envío mi retrato y un revólver

para que me conozca usted, como yo lo conocí ayer, y pueda detenerse cuando me cruce en su camino.

Alejandro Morton.

"Amigo y vengador de Juan Falner".

Morton no era hombre que amenazase inútilmente y aquella noche, aprovechando una visita de su socio, el afectuoso Matías, se presentó en la casa de juego, donde estaba seguro encontrarla a Larsam.

Matías, ajeno al asunto que llevaba a su amigo a aquella casa, se sentó inmediatamente a la mesa de juego y empezó a jugar, sin ton ni son, pero con una suerte loca.

Al poco tiempo sus ganancias eran enormes y Morton, que por primera vez veía a la esposa de su amigo, se le acercó y le dijo:

—Señora, si usted talla el límite, mi compañero y yo ponemos a una carta todas nuestras ganancias.

—Aceptado.

Y minutos después, la banca quedaba deshecha por completo.

Mientras tanto en casa de Isabel ocurría una escena verdaderamente alarmante.

Larsam se había presentado y dicho a la joven:

—He visto a su hermana... Está en Sandy Bar, un pueblo del río.

—¿De veras?... ¿Esta usted seguro de que es ella?

—Absolutamente... Pero se marcha mañana. Si

quiere usted verla, tendremos que tomar el barco esta misma noche.

El deseo de volver a ver a su hermana pudo más en Isabel que su miedo por ir con aquel des-



—Señora, si usted talla el límite, mi compañero y yo ponemos a una carta todas nuestras ganancias.

conocido; y sin sospechar la celada que le tendía embarcó con él para el punto donde creía encontrar a su hermana.

Pero en medio de la soledad de la noche, dos ángeles velaban por ella: Juanito y Laurita, que al ver a su tía marchar con un hombre corrieron en busca de Morton, para decirselo.

Dejemos por unos momentos a Isabel abandonada a su suerte y volvamos otra vez a la casa de juego, donde todos buscaban a Larsam, para que hiciese efectivo el valor de las fichas que habían ganado los jugadores.

En vista de que el dueño no aparecía por parte alguna, decidieron abrir la caja, y una prueba más de la ruindad de los sentimientos de Larsam se mostró palpable ante los ojos de María.

Su amante había huido y se había llevado todo el dinero, dejándola en la miseria.

El encargado de la casa, al ver que la caja estaba vacía gritó a los jugadores:

—Caballeros, no podemos pagar nuestras fichas... ¡Ha quebrado la casa!

—¿Quebrado?... ¡No, mentira!... ¡Me han robado!... ¡Me han robado!... ¡Ha sido Larsam!... ¡Y encima, el miserable me abandona! exclamó, desesperada, María.

El golpe había sido demasiado rudo para la esposa de Falner, que, hastiada de la vida, se encerró en su cuarto dispuesta a matarse.

En el preciso instante que iba a disparar entró Morton, que no la había perdido de vista y le dijo, quitándole el arma:

—¿No le parecen bastantes tonterías las que ha hecho usted en la vida, para que quiera repetir las con la mayor de todas?

—¿Y usted quién es para meterse en mis asuntos?

—Un íntimo amigo de Juan Falner... Larsam lo mató. ¿Sabe usted donde está ese canalla?

Antes que ella tuviera tiempo de responder apareció Matías con Jaime y Laurita y le dijo a Morton:

Los niños han venido a decirle que su tía Isabel ha tomado el barco esta noche en compañía de un hombre... Parece ser que iba a ver a su hermana.

—¡Su hermana de usted ha sido engañada por Larsam, sin duda!—exclamó Morton—. Voy corriendo a salvarla.

—Entonces... estos niños...

—Son hijos de usted.

Bajo la luz plateada de la luna, el barco donde viajaban Isabel y Larsam parecía un fantasma blanco que se deslizase silenciosamente por las tranquilas aguas del río.

La mayor parte de los pasajeros se habían retirado a descansar y Larsam, aprovechando aquel momento en que estaban solos, le dijo a su bella compañera:

—Isabel, la quiero a usted apasionadamente... Si la he traído aquí, es para decirle sin testigos lo grande que es mi amor.

—Entonces... ¿no es verdad que me lleva usted donde está mi hermana?

—No, Isabel. Todo ha sido una invención mía para poder alcanzar su amor, que es para mí el tesoro más preciado del mundo.

—¡Es usted un miserable!—exclamó la joven, haciendo ademán de encerrarse en su camarote.



—Isabel, la quiero a usted apasionadamente.

Pero él conoció la intención de la muchacha, y antes que ella pudiera llevar a cabo su pensamiento, la enlazó fuertemente por la cintura y trató de obtener a la fuerza lo que de grado le negaba.

Sola, sin que nadie pudiera salir en su defensa, Isabel veía debilitarse sus fuerzas y comprendía horrorizada que no había salvación posible para ella.

Pero cuando Larsam creía estar más próximo a la victoria, unos brazos vigorosos le agarraron por el cuello y le hicieron rodar por tierra.

Una lucha sorda y brutal se entabló entre los dos hombres, hasta que al fin, Morton, más fuerte

que su adversario, consiguió arrojarlo al agua.

Dos horas después, las dos hermanas estaban frente a frente y dos nombres, en los que se quisieron decir, la una todo su cariño y la otra su arrepentimiento, salieron de lo más recóndito de sus corazones.

—¡¡ María!!

—¡¡ Isabel!!

Y fuertemente abrazadas, lloraban con lágrimas de infinita felicidad la dicha de volverse a encontrar...

—Escuche, señora—exclamó Jaimito al verse en los brazos de su madre—. Nosotros nos vamos a vivir a San Francisco. ¿Por qué no se viene usted con nosotros?

—Jaimito ha tenido una buena idea... No lo piense y venga a formar parte de nuestra familia...

Han pasado varios días y por fin Morton ha conseguido romper su silencio y confesarle a Isabel el amor que por ella sentía, y oír de labios de la mujer adorada:

—No sabes lo feliz que me haces, Alejandro. Desde que te vi por primera vez pensé que la vida a tu lado sería el colmo de la dicha...

FIN

Con esta novela exige usted la postal de MALCOLM MAC GREGOR

Próximo número: La interesante novela
GUILLERMO TELL

COLECCION USTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de París. — El Corsario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El milagro de los lobos. — ¡París...! — Venganza de mujer.

Precio de cada libro: **UNA PESETA**

Teresa de Ubervilles. — Maciste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el bofetón. — Rómulo. — Janice Meredith. — El fantasma de la Ópera. — El trono vacante. — El Calé. — Madame Sans-Gêne. — América. — Cuando las mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más fuertes que su amor. — Ella... Demasiadas mujeres. — Nobleza baturra. — Cenizas de odio. — El Rajá de Dharmagar. — El difunto Matías Pascal. — La marca de fuego. — Los hijos de nadie. — Pescador de Islandia. — La octava esposa de Barba-Azul. — El beso de la victoria. — El Proceso de Nancy Preston. — Justicia gitana. — La "Poupée" de París. — El Abanico de Lady Windermere. — ¡Por la Patria! — Amor de Padre

Precio: **50 cts.**

Próximo número: La novela dedicada al benemérito Cuerpo de Correos, **EL ASALTO AL AMBULANTE DE CORREOS**. Asunto dramático de palpitante realidad.

Numeros fotográficos. Artista Voz. Precio cada uno: **50 cts.**

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡Sea usted coleccionista de Los Grandes Films!

IMPORTANTE

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España.

¡¡ Es, pues, el momento de completar las colecciones !!

IMPORTANTE

A los corresponsales

Con el fin de que puedan contentar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbadó, 16, BARCELONA; Ferroz, 21, MADRID; Ferrocarril, 20, IRÓN.